

La formación de catequistas en España

J. Xavier Morell Rom*

INTRODUCCIÓN

Como ha pasado con toda la vida pastoral de la Iglesia, en los últimos cuarenta años la catequesis ha recibido el impulso renovador del Concilio Vaticano II. Éste ha representado para la Iglesia una gran transformación en todos sus ámbitos y una nueva energía para afrontar y responder a los retos propios de nuestra época desde una perspectiva orientada hacia la realización de un mayor servicio al hombre, anunciando el mensaje de vida y esperanza del cual la Iglesia es portadora.

Los efectos renovadores del movimiento conciliar se hacen sentir en la catequesis llevándola a una nueva concepción y una nueva práctica de su misión en la pastoral de la Iglesia. El Concilio no ha dedicado ningún documento a la catequesis, pero ha obligado a revisar toda la acción catequética de la Iglesia. Una nueva mentalidad catequética surgida del Vaticano II, poco a poco va plasmándose y concretándose en la reflexión y en las orientaciones, generando numerosas iniciativas y actividades de renovación.

La tarea de la formación de catequistas siempre ha estado presente y ha constituido una preocupación constante en las diócesis españolas. Se par-

* Delegado Diocesano de Catequesis. Arzobispado de Tarragona y profesor en el Institut Superior de Ciències Religioses Sant Fructuós de Tarragona.

tía de una época en la cual los catequistas eran considerados simples auxiliares de los sacerdotes, pasando incluso inadvertida su labor y colaboración. Su preparación era escasa tanto a nivel catequético y teológico como en lo que se refiere a la cultura general, llegando en muchos casos al analfabetismo. Eso no es de extrañar si se tiene en cuenta que lo único que se les pedía a los catequistas, en cuanto a preparación o capacitación, era que supieran leer, de manera que se convirtieran en repetidores de lo que otras personas habían pensado y escrito para que su labor fuera más fácil y que no se deslizaran errores. Con todo, éstos son los antecedentes de una revitalización de la catequesis que no hubiera podido llevarse a cabo sin una activación de la figura del catequista.¹

La formación de catequistas ha ido adquiriendo una notable importancia con la evolución de la metodología catequética y la incorporación progresiva de muchos catequistas laicos, sin olvidar las circunstancias determinantes de nuestro tiempo. A medida que avanza la reflexión catequética postconciliar, ganando en profundidad y riqueza teológica, se va tomando conciencia de la necesidad de selección y formación de los catequistas. Más adelante, cuando se subraya el carácter comunitario de la catequesis, se pone el acento no ya en la cantidad, ni tampoco en la formación solamente, sino en la capacidad de insertarse en la comunidad cristiana, en la cual el catequista es llamado y enviado, y a la cual debe conducir a los catequizandos.

La constitución dogmática *Lumen Gentium* representó un nuevo descubrimiento de la teología del Pueblo de Dios. Ya no estamos delante de un pueblo destinatario de la acción de unos pocos, sino de un cuerpo vertebrado, llamado a vivir en las realidades humanas terrenas, tal como remarca *Gaudium et Spes*, y en medio de sus desafíos en el campo de la economía, la política y la cultura. Esta nueva experiencia reclama una mayor profundización en la fe, una clara conciencia de misión y un agudo sentido de pertenencia. La formación de todo cristiano, y especialmente la

¹ Cf. Luis Resines, *Historia de la catequesis en España*, CCS, Madrid 1995, p. 119.

de los catequistas, no puede quedarse a un lado. Por eso insiste el decreto *Ad Gentes* en el número 17: «Multiplíquense, pues, las escuelas diocesanas y regionales en que los futuros catequistas estudien la doctrina católica, sobre todo en materia bíblica y litúrgica, y el método catequético, así como la práctica pastoral, y se formen en la moral cristiana, procurando practicar sin cesar la piedad y la santidad de vida».

ALGUNOS EVENTOS EN LA CATEQUESIS DEL POSTCONCILIO

El campo específico de la catequesis fue en España uno de los terrenos abonados para la recepción, asimilación y puesta en marcha de las directrices conciliares. Se desarrolla una profunda revisión de todo aquello que debe ajustarse a la doctrina conciliar.

Las Jornadas Nacionales de Estudios Catequéticos

Del 12 al 15 de abril de 1966, a sólo cuatro meses de la clausura del Concilio, tienen lugar en Madrid las Primeras Jornadas Nacionales de Estudios Catequéticos,² que constituyen el punto de partida de un esperanzador futuro. Representan un momento de relanzamiento y sientan las bases para una pastoral catequética postconciliar. Su objetivo es «realizar una reflexión sobre los principales aspectos de la acción pastoral de la formación religiosa, a la luz de las constituciones, decretos y declaraciones del Concilio Vaticano II».³

Se definen siete líneas de acción que quieren ser como una planificación catequética a largo plazo. Concretamente en la tercera se hace referencia a

² Cf. «Crónica sobre las Jornadas nacionales de estudios catequéticos», en *Actualidad Catequética* 7 (1966) 32, pp. 53-70.

³ Cf. «Jornadas nacionales de estudios catequéticos», en *Actualidad Catequética* 7 (1966) 31, pp. 39-44.

la formación, sobre todo de las personas que dirigen la acción catequética a todos los niveles.⁴

Téngase en cuenta, sin embargo, que en este momento se partía todavía de una opción de base consistente en encargar estructuralmente la educación religiosa a la institución escolar.⁵ Es significativo que de las catorce sesiones de estudio que siguen a las ponencias, siete de ellas se dediquen a diferentes aspectos de la formación religiosa en la escuela y sólo una a la «formación religiosa de niños en centros parroquiales de catequización». Las demás se refieren a la familia o a diferentes categorías de catequizandos según edad y condición. Sólo años más tarde, tal como veremos, se dará un papel relevante a la catequesis de la comunidad parroquial.

La influencia de documentos y acontecimientos eclesiales

El periodo que coincide prácticamente con la década de los años 70 marca un tiempo de investigación, de síntesis, de poner en claro tantas ideas bajo el influjo de los grandes acontecimientos y documentos catequísticos producidos a nivel de Iglesia Universal. Cabe mencionar la publicación del *Directorio Catequístico General* de 1971, redactado por la Congregación para el Clero; el Congreso Internacional de Catequesis celebrado en Roma este mismo año con ocasión de la presentación del *Directorio Catequístico General*, donde estuvieron presentes 1.152 participantes de 79 naciones; la publicación del *Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos* (1972); los Sínodos de los Obispos, el primero sobre la Evangelización que tuvo lugar en el año 1974 y que dio como fruto la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI (1975), y más tarde sobre la Catequesis celebrado

⁴ Cf. Elías Yanes, «25 años de catequesis e Iglesia española», en *Actualidad catequética* 33 (1992) 154, pp. 229-270.

⁵ Por el artículo 27 del concordato de 1953 entre el Gobierno español y la Santa Sede se asegura la escuela como plataforma para la educación religiosa de los niños y el maestro como educador de la fe/catequista.

en 1977 bajo Pablo VI, con la consiguiente exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* de Juan Pablo II aparecida en 1979.

Repercusión en el ámbito español

A nivel español debe tenerse en cuenta la asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, un acontecimiento que tiene lugar en 1971 y que supone una clara toma de conciencia de las directrices del Concilio Vaticano II y el abandono del nacional catolicismo que había marcado la época precedente. También cabe señalar la XVIII Asamblea Plenaria del episcopado español dedicada a la educación de la fe del pueblo cristiano, que constituye un esfuerzo de integración y de adaptación a la nueva situación que vive la Iglesia en España.

Durante la última semana de julio de 1978 se reúnen en Santiago de Compostela los obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis junto con los miembros del Secretariado Nacional de Catequesis y otros expertos. El resultado de su trabajo expresará la orientación y las líneas de acción a través de las cuales esta Comisión Episcopal va a encuadrar su actividad en un futuro inmediato. Toda su reflexión se recoge en el documento titulado *Una nueva etapa en el movimiento catequético*, que será conocido como *Documento de Santiago*.⁶ En él se considera la comunidad cristiana como origen, lugar y meta de la catequesis. En cuanto a los catequistas y su preparación, éstas son las líneas de acción acordadas⁷: sensibilizar a las comunidades y suscitar catequistas, elaborar una «*ratio studiorum*» para su formación, abordar la pastoral de catequistas en una de la próximas jornadas nacionales, promover la creación de cauces para la formación de nuevos catequistas, elaborar un estatuto del catequista, crear medios de actualización para los sacerdotes y recoger o elaborar material para la formación de catequistas.

⁶ Cf. «Una nueva etapa en el movimiento catequético», en *Actualidad Catequética* 7 (1966) 92-93, pp. 169-184.

⁷ Cf. o.c., p. 181.

En 1979, la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, fiel a lo que se había propuesto el año anterior, elabora un documento que va a representar un cambio de rumbo en la catequesis española. Se trata de las *Orientaciones Pastorales sobre la Enseñanza Religiosa Escolar*. Cambio de rumbo porque el documento delimita los campos de la enseñanza de la religión en la escuela y la catequesis de la comunidad cristiana, distinguiéndose la primera por el fomento del diálogo de la fe con la cultura y la segunda por su identidad cristiana y eclesial. Sólo a partir de esta clarificación será posible trabajar seguidamente en la elaboración de los nuevos catecismos de la comunidad cristiana: *Padre Nuestro y Jesús es el Señor*, publicados en 1982, y *Ésta es nuestra fe*, aparecido en 1986. Asimismo repercutirá en un impulso nuevo en el campo de la formación de catequistas para una comunidad eclesial evangelizadora.

LAS ORIENTACIONES DEL CATEQUISTA Y SU FORMACIÓN

Para educar a los fieles en comunidad y para la comunidad, será necesario construir verdaderas comunidades cristianas, tarea que deberán asumir los catequistas y para lo cual habrá que formarles.⁸

Algunas intuiciones importantes van madurando

En el documento publicado en 1985, *El Catequista y su Formación. Orientaciones Pastorales*,⁹ la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis se propone presentar la figura del catequista en la Iglesia y su formación, teniendo en cuenta la situación concreta que vive en aquel momento la sociedad española. Por eso ya en la *Introducción* indica algunos rasgos característicos: la crisis económica y sus consecuencias, el marco democrático de la sociedad, un estilo de vida marcado por el con-

⁸ Cf. Alfonso Francia, *Escuelas de catequistas en España*, CCS, Madrid 1985, pp. 25-26.

⁹ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *El Catequista y su formación. Orientaciones pastorales*, Edice, Madrid 1985.

sumismo y la indiferencia religiosa. Esta situación lleva a la Iglesia a un nuevo tipo de presencia: «La hora actual de nuestras Iglesias tiene que ser una hora de evangelización».¹⁰

Al hablar de *El Catequista y su formación* debemos considerar este documento en relación a otro que la misma Comisión Episcopal había elaborado dos años antes y al cual este último se refiere constantemente. Se trata de *La catequesis de la comunidad*,¹¹ que ya se había propuesto estudiar aparte la figura del catequista y su formación, debido a la importancia de este tema.

Cabe señalar como significativos los planes trienales que sirven de pauta para el trabajo de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis a partir de 1978¹². Así, por ejemplo, el documento aludido *La catequesis de la comunidad* es un fruto concreto del plan trienal 1981-1984 cuyo objetivo prioritario es «La catequesis de la comunidad cristiana hoy». Una línea prioritaria en dicho plan es promover nuevas generaciones de catequistas y cuidar las ya existentes, y un camino de acción concreto será el elaborar un itinerario fundamental de formación de catequistas, con especial atención a la formación humano-cultural, espiritual-eclesial, los contenidos catequéticos y su metodología, y el fomento de las escuelas de catequistas a varios niveles.¹³

El plan trienal 1984-1987 recogerá como objetivo específico el promover catequistas con suficiente madurez humana y cristiana, valorando su función en la Iglesia y darles atención y apoyo con proyectos orgánicos de

¹⁰ Así se cita textualmente en la introducción el documento del episcopado español publicado en el mismo año: Conferencia Episcopal Española, *Testigos del Dios vivo. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad*, Edice, Madrid 1985, n. 53.

¹¹ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones Pastorales para la catequesis en España, hoy*, Edice, Madrid 1983.

¹² Cf. Elías Yanes, «25 años de catequesis e Iglesia española», en *Actualidad catequética* 33 (1992) 154, pp. 229-270.

¹³ Cf. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «Plan de acción para el trienio 1981-84», en *Actualidad catequética* 23 (1982) 106, pp. 9-64.

formación. El plan se propone la publicación del documento *El Catequista y su formación* y la organización de un congreso de catequistas.¹⁴

El contenido de *El Catequista y su formación*

Intentando una breve exposición del contenido de *El Catequista y su formación*, observamos que el documento, después de unas breves páginas sobre la realidad de los catequistas en la Iglesia española de hoy (nn. 1-14), aborda dos temas fundamentales, correspondientes a los capítulos segundo y tercero. Se nos presenta primero la identidad del catequista (nn. 15-87), y después el documento se extiende en su formación (nn. 88-144): los principios inspiradores, las dimensiones, las orientaciones para la programación, llegando a concretar algunas modalidades concretas para la formación de catequistas.

En el capítulo primero: *Realidad de los catequistas en la Iglesia española, hoy*, se hace un análisis de los datos positivos de nuestra catequesis, destacando el número elevado de catequistas y la incorporación de los laicos, en su mayoría jóvenes. También aparecen algunas sombras y se analizan sus causas.

La Identidad del catequista, que constituye el segundo capítulo, se configura a través de su identificación con las tareas propias de la catequesis, y con los rasgos que definen su ser, su vocación dentro de la Iglesia. El catequista, que para ser fiel a la tarea de la catequesis aparece como un educador básico de la fe, posee una vocación específica enraizada en la vocación común del pueblo de Dios. Así se sabe: llamado por Dios, participe de la misión de Jesús maestro, movido por el Espíritu Santo, formando parte de la Iglesia, al servicio de los hombres.

En el capítulo tercero *La formación de catequistas* encuentra sus *principios inspiradores* en: la responsabilidad de la Iglesia particular, la relación

¹⁴ Cf. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «Plan de acción para el trienio 1984-87», en *Actualidad catequética* 25 (1984) 120, pp. 7-90.

con la formación de otros agentes de la pastoral, el realismo y la creatividad en la planificación de la formación, el marco más amplio de una pastoral de catequistas, la inspiración en la teología del laicado, el concepto de una catequesis que cumple a la vez funciones de iniciación-educación-instrucción, la atención al ser y al quehacer del catequista, los itinerarios de formación según diversas modalidades y niveles, el respeto a la cultura popular de muchos catequistas.

En cuanto a las *metas o dimensiones*, la formación de catequistas debe cuidar: la conciencia evangelizadora del catequista, la formación bíblico-teológica y la formación de la experiencia cristiana, el conocimiento del hombre y su entorno, la capacitación pedagógica, el clima comunitario y de diálogo, y la madurez humana y cristiana del catequista.

A partir de estos principios, metas y dimensiones, se ofrecen unas *orientaciones para la programación*, que pretenden concretar temas y programas: evangelización y catequesis, historia de la salvación, síntesis de fe, la vida del cristiano, los sacramentos, la oración, el conocimiento del hombre y la pedagogía catequética.

El documento acaba apuntando algunas *modalidades de la formación de catequistas*, empezando por la concienciación de la comunidad cristiana y siguiendo con las jornadas o cursillos de sensibilización inicial, la preparación y revisión de la catequesis, las escuelas de catequistas de nivel básico, los grupos de formación catequética, las escuelas para animadores y de especialización de nivel medio, los institutos o centros superiores de formación catequética y finalmente la formación permanente.

Su posterior concreción en el *Proyecto marco para la formación de catequistas*

Antes de ver las realizaciones concretas que se derivan de estas nuevas orientaciones, y aunque alejados en el tiempo, queremos dejar ahora constancia de un nuevo documento de la Comisión Episcopal de Enseñanza y

Catequesis: el *Proyecto marco para la Formación de catequistas*¹⁵ del año 1998.

Por una parte, los obispos de la comisión se habían propuesto, entre otros objetivos de su plan de acción 1997-2000¹⁶, el de intensificar la formación de catequistas, precisamente con la publicación de un proyecto marco que integrara entre otras las aportaciones de *El Catequista y su formación*, promoviendo la institucionalización de la formación catequética en seminarios, facultades de teología y otros centros superiores, promoviendo actividades de formación para responsables, catequistas y catequistas que atienden personas con minusvalías, y con el estudio y discernimiento de los programas, las distintas modalidades formativas y el material pedagógico-catequético existentes para la formación de catequistas.

Por otra parte, la necesidad y oportunidad de este documento viene dada por la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) y el *Directorio General para la Catequesis* (1997). Dos documentos de la Iglesia Universal cuyas enseñanzas debían ser incorporadas a los planes de formación. En este sentido el *Directorio General para la Catequesis* recomienda «organizar adecuadamente la formación de los catequistas», «dar absoluta prioridad a la formación de los catequistas laicos», «cuidar al máximo la formación catequética de los presbíteros», y que por parte de los obispos «esta formación sea exquisitamente cuidada».¹⁷

El *Proyecto marco* recoge asimismo la experiencia de todo lo que se ha venido realizando en los años precedentes en las diócesis y ayudará a la consolidación de las escuelas de catequistas.

¹⁵ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *Proyecto marco de Formación de Catequistas*, Edice, Madrid 1998.

¹⁶ Cf. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «Plan de acción para el trienio 1997-2000», en *Actualidad catequética* 38 (1997) 173, pp. 7-30.

¹⁷ Cf. *Directorio General para la Catequesis*, nn. 233-234.

En su contenido el *Proyecto marco* parte de los criterios inspiradores y las orientaciones de *El Catequista y su formación*. Incorpora, sintetiza, actualiza y concreta el tercer capítulo de este documento anterior. En el primer capítulo dedicado a los «Principios o bases de programación» aborda la finalidad, los objetivos, los contenidos básicos y las dimensiones pedagógicas de toda programación. En el capítulo segundo se ofrecen las líneas maestras de los principales *planes de formación* de catequistas. Se distinguen en este capítulo las escuelas para catequistas y las escuelas para responsables, desarrollando para cada una de ellas su naturaleza específica, sus destinatarios propios, los objetivos que se propone, los contenidos a desarrollar articulados en áreas temáticas, y otras dimensiones de la formación.

Una rica tradición de reflexión y de experiencias

Volvamos atrás. El camino que había conducido hasta la redacción de *El Catequista y su formación*, que acabamos de ver desde su aspecto más institucional, está sembrado de una rica reflexión catequética, de numerosas experiencias y de un trabajo en gran parte desconocido desarrollado en las diócesis y también a nivel interdiocesano¹⁸. Sería interesante un

¹⁸ Un elenco de los materiales para la formación, libros, colecciones y cursos para catequistas, lo encontramos entre las páginas 87 y 92 del libro de: Alfonso Francia, *Escuelas de Catequistas en España*, CCS, Madrid 1985. Sólo como ejemplo citamos algunas de las aportaciones en la revista *Teología y Catequesis* en los tres años anteriores al documento de la CEEC: Manuel Matos, *La formación permanente de la fe*, 1 (1982) 2, 213-222; Antonio Cañizares, *El catequista y su formación en España hoy*, 1 (1982) 3, 309-335; Antonio Bravo, *El ministerio catequético*, 1 (1982) 3, 337-352; Emilio Alberich, *La formación de catequistas*, 1 (1982) 3, 369-384; Francisco Molina, *Formación de catequistas para la catequesis de la experiencia. Plan diocesano de Córdoba*, 1 (1982) 3, 387-396; Josep M. Maideu, *Hacerse catequista. Una experiencia de formación de catequistas*, 1 (1982) 3, 397-403; Gaetano Gatti, «*Catequistas 80*». *Una experiencia de formación de catequistas parroquiales*, 1 (1982) 3, 405-412; Vicente Vindel, *La formación de catequistas en Madrid*, 1 (1982) 3, 413-420; Isabel Mariscal, *Libros para la formación de catequistas*, 1 (1982) 3, 423-436; Luis Fernando García, *La Biblia en la formación de catequistas*, 2 (1983) 3, 337-351; Teresa Ruiz, *Formación de los catequistas centrada en la Biblia*, 2 (1983) 3, 355-368. Conviene considerar también libros como los de: Cesare Bissoli et al., *Formar catequistas en los años 80*, CCS, Madrid 1984 (adaptado al ámbito español por Antonio Cañizares); Benigno Colinas, *Curso para catequistas y educado-*

estudio tanto de la reflexión como de las realizaciones concretas previas al documento, analizando hasta qué punto influyen y confluyen en él.

Pero al mismo tiempo que recoge toda una corriente de preocupación por la formación de catequistas, la publicación de *El Catequista y su formación* será un nuevo impulso para la actividad formativa. Sólo hay que fijarse en la bibliografía sobre el tema de la formación que aparece en las revistas catequéticas españolas¹⁹, en las jornadas y reuniones que sobre este tema dedica el Secretariado Nacional de Catequesis, y sobre todo la actividad que se desarrolla en las diócesis y en las provincias o regiones pastorales.

res de la fe, PS, Madrid 1983; Álvaro Ginel, *Catequistas para una catequesis de significación*, CCS, Madrid 1984; Joan Guiteras, *Manual per a la formació de catequistes* (2 volums), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1984; Josep M. Maideu, *Catequistas: ¿hacer o hacerse?*, CCS, Madrid 1983; Josep M. Maideu, *Catequesis para catequistas*, CCS, Madrid, 1983.

¹⁹ Sólo en *Actualidad Catequética*, la revista del Secretariado Nacional, aparecen las siguientes colaboraciones en 1986: Delegación Diocesana de Catequesis de Valencia, *Síntesis y esquemas de trabajo del documento «El catequista y su formación»*, 27 (1986) 126, 9-29; Secretariado Nacional de Catequesis, *Un proyecto para la formación básica de catequistas*, 27 (1986) 126, 33-34; Teresa Ruiz, «*Biblia para la iniciación cristiana*», fichas de trabajo para la formación de catequistas, 27 (1986) 126, 35-48; Alfredo García, *Apuntes sobre la formación bíblico-teológica de los catequistas*, 27 (1986) 126, 49-64; Jesús López, *Un proyecto para la formación básica de catequistas. Conciencia evangelizadora, formación antropológica y formación pedagógica*, 27 (1986) 126, 65-77; *Catálogo de materiales diocesanos para la formación de catequistas*, 27 (1986) 126, 81-95; Álvaro Ginel, *La formación de catequistas a través de las publicaciones de la Central Catequística Salesiana*, 27 (1986) 126, 96-104; Instituto Internacional de Teología a Distancia, *Formación catequética a distancia*, 27 (1986) 126, 105-111; Manuel Del Campo, *Estudio sociológico sobre la formación de los catequistas en España*, 27 (1986) 127-128, 213-250; *Síntesis de la aportaciones de catequistas sobre la misión, vocación y formación del catequista*, 27 (1986) 127/128, 251-268; Jesús López, *Vocación y misión del catequista hoy*, 27 (1986) 127/128, 269-281; Ricardo Lázaro, *Principios inspiradores de la formación de catequistas*, 27 (1986) 127/128, 283-295; Josep M. Maideu, *Dimensiones de una formación integral del catequista*, 27 (1986) 127/128, 297-314; Vicente Vindel - María Navarro, *Cauces o modalidades para la formación de los catequistas*, 27 (1986) 127/128, 315-335; Francisco Ferrer, *El catequista que queremos para los tiempos nuevos*, 27 (1986) 127/128, 375-392; Félix Garitano, *Formar catequistas para los tiempos nuevos*, 27 (1986) 127/128, 393-411; Antonio Cañizares, *Contenidos de la formación de catequistas*, 27 (1986) 129/130, 613-634.

LA FORMACIÓN DE CATEQUISTAS, UNA TAREA NO OLVIDADA

El congreso de catequistas de 1986

Previsto también en el plan trienal 1984-1987, poco después de la publicación de *El Catequista y su formación* se celebró un congreso de catequistas con el lema «Catequistas para los tiempos nuevos».²⁰ El plan trienal en relación con la acción catequética había formulado así su objetivo prioritario: «Catequesis para una comunidad eclesial evangelizadora en el mundo de hoy». En este contexto el congreso debía gravitar en torno a la persona del catequista, su vocación y misión dentro de la Iglesia. Su desarrollo se articuló en tres fases: parroquial, diocesana y nacional.

Durante su celebración se fueron consolidado algunas convicciones y constataciones: se afirma la necesidad de una catequesis impregnada de sentido misionero al servicio del hombre actual, se constata que faltan comunidades que envíen a los catequistas y que valoren suficientemente el ministerio catequético, se reconoce que los padres se desentienden de la catequesis y al mismo tiempo se hace necesaria la relación de la catequesis con la familia, aflora una honda preocupación por los alejados aunque falte ocuparse verdaderamente de ellos, poco a poco se está abriendo la conciencia de una catequesis como formación cristiana integral y parece adquirida la necesidad de una catequesis de adultos.

Respecto a los catequistas se insiste en la necesidad de despertar nuevas vocaciones entre adultos y jóvenes. Y en cuanto a su formación aparece la necesidad, urgencia y prioridad de una formación integral, orgánica y básica, ya que lo reclama la propia misión y lo exigen el hombre y el mundo de hoy. Faltan estructuras intermedias que, entre los secretariados

²⁰ Cf. Antonio Cañizares, «Crónica del Congreso Nacional de Catequistas», en *Teología y Catequesis* 5 (1986) 18, pp. 297-309.

diocesanos y las parroquias, faciliten información, comunicación de experiencias y demás medios de formación. Al mismo tiempo se constata una notable deficiencia de personas preparadas para la formación de los catequistas y se observan importantes lagunas en el terreno de la formación a nivel de contenidos doctrinales.

Por lo que se refiere a las modalidades de formación se afirma el valor de los cursillos de iniciación, el lugar privilegiado del grupo de catequistas y de la preparación de la catequesis para esta formación, la necesidad de escuelas como medio muy importante, y se piden materiales para esta formación.

La formación es una de las necesidades más patentes que aparecen en el congreso. La función de catequista se desempeña con un nivel de formación claramente insuficiente. Si bien resultan de gran ayuda los cursillos de iniciación y las reuniones periódicas de los catequistas, son una minoría los que participan en cursos de nivel básico y muy pocos en cursos de nivel medio o superior. Esta falta de organicidad es una dificultad muy notable para formar a unos catequistas cuya tarea está al servicio de una iniciación cristiana integral²¹. Para impulsar lo que ya se está haciendo de válido en la formación de catequistas y a la vez animar a la renovación que exigen los tiempos nuevos, éstos son los grandes principios que quedan reflejados en la ponencia sobre formación²²:

- *Formar catequistas para el hoy de la evangelización*: situando al catequista dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia, potenciando el talante misionero del catequista y su acción catequizadora, ayudando a conocer al hombre de hoy y trabajando la maduración humana y cristiana del catequista.

²¹ Cf. Antonio Cañizares, «Tareas abiertas para la catequesis tras el Congreso Nacional de Catequistas», en *Teología y Catequesis* 5 (1986) 19, pp. 443-462.

²² Cf. Félix Garitano, «Formar catequistas para los tiempos nuevos», en *Actualidad catequética* 27 (1986) 127-128, pp. 393-411.

- *Formar catequistas para una misión de Iglesia:* porque no se es catequista sólo porque uno quiere, sino enviado por la comunidad para desarrollar una tarea eclesial.
- *Formar catequistas para una catequesis iniciadora e integral:* desde los fundamentos, certezas sólidas y fundamentales, iniciando en todos los aspectos de la vida cristiana desde un proceso de acompañamiento.
- *Formar catequistas de forma realista y planificada:* que responda a las necesidades reales de la diócesis, diversificada según los distintos tipos de catequistas, evitado la dispersión de planes formativos, con la misma pedagogía activa que se va a utilizar en la catequesis, entroncada con la pastoral diocesana, sin desarraigar a las personas de su contexto y contando con unos formadores idóneos.

Las jornadas de delegados diocesanos de catequesis

Las jornadas que anualmente reúnen a los delegados de catequesis de las diócesis tienen una larga tradición y representan un momento significativo para la catequesis y la formación de catequistas. Son un momento de estudio y de intercambio, y sirven también para conocer la realidad catequética de las diócesis.

Si en las jornadas anteriores a 1985 se podía observar la progresiva toma de conciencia de la importancia del catequista, de su vocación y formación, el esfuerzo para promover catequistas laicos, la creación de escuelas o el intercambio de materiales, posteriormente a la publicación de *El Catequista y su formación* se celebran algunas jornadas dedicadas a la formación de catequistas que pondrán en evidencia las actuales inquietudes. Las jornadas celebradas en 1990 y en 1995 se dedican a la formación de catequistas.

La primera se centra sobre la identidad y la formación del catequista misionero. En las conclusiones del congreso de catequistas de 1986 se había

insistido en la conveniencia de impulsar una catequesis de estilo misionero y la necesidad de formar catequistas para una catequesis con este talante.²³ Sobre este hilo conductor se sitúa la reflexión de los delegados diocesanos de catequesis. Sucesivamente se analiza la dimensión misionera de toda la catequesis, la catequesis con los alejados y los agentes para esta catequesis. «La formación de los catequistas para una catequesis misionera» es el tema escogido para las XXIII jornadas de 1990, cuyas ponencias y reflexiones van desgranando sus rasgos y su formación.

En los trabajos de grupo, a partir de una primera ponencia, se describen los principales rasgos de un catequista misionero²⁴: adulto en la fe, situado en el mundo y capaz de comunicación. Se aborda luego más directamente el tema de la formación con estos tres aspectos:

- *Contenidos de la formación*: el primer elemento a atender será la propia vocación del catequista, trabajado por el Espíritu que le va formando como discípulo de la Palabra que se hizo carne y por lo tanto capaz de insertarse, de diálogo sincero y paciente, dispuesto a obedecer el designio de Dios. Por su participación en la misión evangelizadora es convertido en apóstol del Evangelio para «decir» el Evangelio que previamente ha poseído, «hacer» el Evangelio dejando que configure su personalidad, «encarnar» el Evangelio de modo concreto en su vida y en su acción.
- *Pautas para la formación*: el núcleo fundamental de la formación es la propia experiencia de fe eclesial, que se fortalece mediante la meditación de la Sagrada Escritura, el desarrollo y la atención a la vida, mediante la liturgia, la comunión fraterna, la acogida del testimonio.

²³ Cf. «Síntesis de las conclusiones de los “trabajos de grupo” de la fase final del Congreso Nacional de Catequesis (12-13 abril 1986)», en *Actualidad catequética* 27 (1986) 129-130, pp. 178-179.

²⁴ Cf. «Resumen del trabajo en grupos sobre la ponencia», en *Actualidad catequética* 31 (1990) 145, pp. 43-46. Véase también la primera ponencia que desarrolló Antonio Alcedo: «Catequistas para una catequesis en situación misionera», en *Actualidad catequética* 31 (1990) 145, pp. 19-42.

El catequista necesita una síntesis bíblico-teológica, perfeccionar su expresión de fe a través de la oración y la celebración; las ciencias humanas le facilitarán el discernimiento de las huellas de Dios en las personas y le ayudarán a preparar la experiencia humana que debe ser iluminada y transformada. Debe tener en cuenta la metodología del acto catequístico y la articulación de sus elementos. Un elemento formativo de primer orden es la acción preparada con la reflexión, la formación por la acción. El catequista debe permanecer en el mundo, al que ha sido enviado por su condición de testigo.

- *Cauces para la formación:* la comunidad en la cual se ha seguido un proceso de iniciación es el primer cauce para la formación de catequistas, sobre todo a través del grupo de catequistas donde ellos cultivan su experiencia de fe, preparan la catequesis y evalúan su desarrollo. El dinamismo del grupo de catequistas les llevará a profundizar su formación a través de las escuelas de catequistas, caracterizadas por la sistematicidad de la reflexión.²⁵

En 1995, el tema de las XXVIII Jornadas de Delegados de Catequesis, de nuevo es «La formación de catequistas». El tema ha sido prioritario en los últimos años, pero representa un desafío permanente. Las jornadas empiezan con una presentación de la situación pastoral de la Iglesia española en referencia al plan de la Conferencia Episcopal Española para el trienio 1994-1997: *Para que el mundo crea*, donde se presenta la propuesta de una pastoral evangelizadora. Se trata de promover una nueva actitud evangelizadora ante los desafíos del momento, despertando una nueva actitud misionera, revisando la actual acción pastoral y aprendiendo de nuevo a proponer la fe.²⁶ Consecuencias para la formación de catequistas serán considerar al catequista:

²⁵ Cf. Ángel Matesanz, «Formar catequistas con talante misionero», en *Actualidad catequética* 31 (1990) 145, pp. 47-75.

²⁶ Cf. Javier Salinas, «La actual pastoral de evangelización de la Iglesia española y sus consecuencias sobre la figura del catequista y su misión», en *Actualidad catequética* 36 (1995) 166-167, pp. 265-280.

- *Testigo de la fe*: el ser del catequista es el mejor respaldo para el anuncio que realiza, por tanto no puede haber formación sin renovación espiritual, sin conversión que suscite la confianza en la acción del Espíritu.
- *Maestro de la fe*: enseñar el Evangelio como invitación a una vida nueva, mostrando las consecuencias vitales de la fe y cultivando la dimensión apologética de la comunicación de la fe.
- *Educador de la fe*: colaborador del Espíritu que es el verdadero protagonista de la evangelización, al servicio del encuentro entre Dios y el hombre.

En estas jornadas se pone de manifiesto una impresión general: que después de bastantes años de grandes y laudables esfuerzos se ha llegado a un momento de inercia que hace necesario retomar con un nuevo brío la tarea de la formación de catequistas. Si bien sigue viva la participación de los laicos, hay que ofrecerles una mejor capacitación para la misión que se les encomienda. Si se quiere impulsar una pastoral evangelizadora, se requiere una fuerte renovación espiritual, eclesial y apostólica de los catequistas, unido a una preparación adecuada para el ministerio que se les encomienda.

Al mismo tiempo se reconoce que la dedicación del sacerdote a la catequesis resulta a veces problemática debido, por una parte, a que le cuesta favorecer la vocación catequética de los laicos, y por otra, al concepto de catequesis que algunos tienen, sea exclusivamente vinculado a la edad infantil y a la preparación de los sacramentos, sea por considerarla un mero cauce de compromiso temporal cristiano.

El equipo de ponencia propone algunos acentos en la formación de catequistas que, sin ensombrear al resto de los elementos esenciales, pretenden llamar la atención sobre algunos aspectos más necesarios²⁷:

²⁷ Cf. Antonio Alcedo, Esteban Escudero, Anastasio Gil, Ricardo Lázaro, Amadeo Rodríguez, «Las exigencias de formación de catequistas en relación con las nuevas nece-

- *Que consolide la identidad cristiana de los catequistas:* que sean personas que hayan experimentado la transformación real de su vida en contacto con Jesucristo y sean capaces de transmitir esa experiencia.
- *Con acento misionero:* ante una situación cultural y social cercana al ámbito de la increencia y de la indiferencia religiosa.
- *Que favorezca su conciencia eclesial:* su arraigo en la vida de la Iglesia para poder transmitir el Evangelio en su nombre.
- *Enraizada en el carácter propio de la catequesis:* que sea escuela de fe, noviciado para la vida cristiana, una formación de inspiración catecumenal.
- *Según la condición eclesial de los catequistas:* teniendo en cuenta su carácter laical, religioso o sacerdotal, para una tarea a la vez común y diferenciada.
- *Acompañada de una pedagogía coherente con la catequesis:* inspirada en la pedagogía de Dios.

Centros para la formación catequética superior y revistas catequéticas

Si bien la formación ordinaria de los catequistas, desarrollada en las diócesis a través de las escuelas de catequistas o instituciones equivalentes, no pretende llegar a una formación de grado superior, tiene importancia en el proceso de renovación catequética y formación de catequistas la labor realizada desde hace años por los institutos para la formación catequética superior. También las revistas catequéticas ofrecen la reflexión de la labor eclesial en cuanto a la transmisión de la fe y se sitúan en un nivel cien-

tífico, pudiendo así orientar otras publicaciones catequísticas destinadas directamente a los catequistas. Veamos los centros y publicaciones más significativos.²⁸

En 1965 fue creado el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas San Pío X, que realiza su labor catequética a través de cursos ordinarios y especiales, jornadas de estudio y publicaciones. Está incorporado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Si bien su primera sede estuvo en la localidad salmantina de Tejares, desde 1977 este centro desarrolla su labor en Madrid. Sus principales objetivos son la formación de educadores de la fe destinados a todos los niveles de la enseñanza y de la catequesis, la preparación de expertos en pedagogía religiosa y de investigadores en las disciplinas relacionadas con la catequesis, la pastoral educativa y la enseñanza de la religión en la escuela.

Para responder a las necesidades eclesiales en el campo catequético y de la formación de laicos y religiosos, se crea en 1977 el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas, incorporado en la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid desde su erección en 1996. El instituto tiene como objeto prioritario la formación y especialización en Teología catequética de todas aquellas personas llamadas a asumir responsabilidades de promoción, dirección y coordinación de evangelización y catequesis en sus respectivos ámbitos eclesiales.

También el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la Universidad de Navarra, erigido en 1997, incorpora un Departamento de Pastoral y Catequesis con una larga historia que agrupa las actividades de la Facultad de Teología relacionadas con la docencia e investigación en los campos de las tareas catequéticas y de la enseñanza religiosa escolar, respondiendo a las actuaciones en que se concreta la exigencia eclesial de la transmisión y educación en la fe.

²⁸ Cf. «Vías de transmisión de la fe», en *Actualidad catequética* 46 (2005) 208, pp. 526-546.

Entre las revistas catequéticas actualmente existentes en España, contamos con *Actualidad Catequética*, que es la revista del Secretariado Nacional de Catequesis, creada en 1960 con el objetivo de colaborar en la renovación de la catequesis, siendo su primer título *Boletín nacional de información catequística*; *Sinite*, autodefinida como «revista hispano americana de pedagogía religiosa», que, perteneciente a los hermanos de La Salle, cuenta ya con casi 50 años de historia; *Catequética*, perteneciente a la Compañía de Jesús, nacida como separata de la revista *Sal Terrae* en 1960 y renacida en 1987 más acorde con los nuevos tiempos; y finalmente, *Teología y Catequesis* aparecida en 1982 con el deseo de potenciar la reflexión teológica sobre el hecho de la catequesis en el entonces Centro de Estudios Teológicos San Dámaso.

Revistas más catequísticas que catequéticas son *Catequesis* y *Catequistas*. La primera echa a andar el 14 de noviembre de 1973 como *Boletín del Secretariat Intediocesà de Catequesis de Catalunya i les illes Balears*, la segunda ve la luz el 15 de enero de 1985, editada por CCS, con su primer título de *Proyecto Catequista*.

APRECIACIONES SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA FORMACIÓN DE CATEQUISTAS HOY

Conocer en concreto la realidad de la catequesis y sobre todo de la formación de los catequistas en las diócesis españolas no es tarea fácil. Existen aportaciones de algunas diócesis en revistas catequéticas redactadas hace ya algunos años, pero no conozco en este momento fuentes suficientes para elaborar una visión completa.

Es conocido que en los últimos decenios han surgido numerosas escuelas de catequistas más o menos articuladas. El Concilio Vaticano II creó un clima propicio y las acciones emprendidas en nuestro país impulsaron la formación de catequistas. También el nuevo rumbo pluralista y diversificado que ha ido tomando la sociedad, sobre todo su descristianización, la

disminución del clero, la renovación de métodos y contenidos en la catequesis, la necesidad de una mayor atención a la familia, el deseo de formar auténticas comunidades cristianas, también la experiencia de algunos fracasos en la pastoral, y otros muchos factores han influido en ello.

Hemos visto cómo se ha impulsado la formación de catequistas, al menos a nivel oficial, y algunos momentos clave que han contribuido positivamente a ello. Finalmente preguntémosnos por algunos aspectos concretos de la formación de catequistas en España e intentemos una respuesta, quizá más desde la apreciación personal que desde un estudio científico en profundidad.

¿La situación religiosa en nuestro país reclama un nuevo brío en la transmisión de la fe?

Son conocidos los estudios sociológicos que muestran una situación religiosa no demasiado halagüeña. De ellos extraemos telegráficamente unos datos más significativos: existe menos creencia en las ciudades que en las zonas rurales, y más entre las mujeres que entre los hombres; a más edad, más creencia, y la franja crítica se sitúa entre los 15 y los 35 años, y subiendo; los ateos se van manteniendo sin grandes variaciones en un 10 %; los agnósticos son un colectivo en crecimiento y los indiferentes crecen espectacularmente hasta el punto de alcanzar un tercio de los adultos y el 70 % de los jóvenes. Nos encontramos ante nuevas generaciones que no tienen en la figura de los padres el elemento de socialización religiosa. Podríamos dividir la población en tres tercios: un tercio al margen de cualquier experiencia religiosa, un tercio formal o nominalmente religioso, y otro tercio poco o nada ligado a instituciones religiosas. La sociedad actual moderna, pluralista y secularista plantea importantes retos a nuestra sociedad en general y a las iglesias diocesanas en particular, sobre todo por lo que se refiere a la transmisión de la fe.

La transmisión de la fe, una de las tareas fundamentales de nuestra Iglesia, por la cual se multiplican los esfuerzos y se buscan nuevos caminos, se encuentra con dificultades nuevas. Los cauces de la transmisión de

la fe, hasta hace pocos decenios facilitados por la familia, la escuela y otros ámbitos de socialización, se vuelven paulatinamente más frágiles y se revelan hasta cierto punto superados.

¿Cuáles son los ejes centrales sobre los que la catequesis hace camino?

La catequesis se plantea en clave de evangelización, con una fuerte sensibilidad misionera; comprendida como un proceso de educación en la fe y un acompañamiento catequético del proceso evolutivo de la persona por parte de la comunidad cristiana; su identidad se inspira en el catecumenado bautismal; la comunidad aparece como el ámbito, el sujeto responsable y la meta de la catequesis; se resalta la relación de interdependencia entre catequesis y comunidad; se pretende una educación integral de la experiencia cristiana que posibilite la maduración y personalización de la fe; centralidad de la figura del catequista, importancia de su misión y preocupación por su formación.²⁹

¿Cuales son hoy los principales cauces para la formación de catequistas?

En primera instancia es la parroquia en donde los catequistas participan en procesos de catequesis para adultos, en la vida de la propia comunidad, en la preparación y revisión de la catequesis, en las reuniones periódicas de catequistas y en otras actividades formativas esporádicas o monográficas. En la parroquia tiene lugar la formación que podríamos considerar inicial y, en gran medida, la formación permanente sobre el terreno. En el propio grupo de catequistas se cultivan experiencias de fe y esto se hace precisamente con miras a su comunicación en la catequesis. Además, despertar la conciencia de los fieles acerca de la importancia de la catequesis es la forma de suscitar vocaciones de catequistas.

²⁹ Puede generalizarse válidamente el análisis que hace Juan Luis Martín, «La catequesis en la región del Duero», en *Actualidad catequética* 46 (2005) 208, pp. 495-507.

Otra instancia la constituyen los encuentros diocesanos que acostumbran a celebrarse anualmente y asambleas diocesanas de catequistas, los cursillos o actividades formativas supraparroquiales, y los cursos intensivos en verano o en otra época del año organizados a nivel diocesano o interdiocesano. Estas convocatorias ocasionales consolidan la formación del catequista y suscitan deseos de una formación más sistemática.

Una formación más sistemática y orgánica la encuentran en las escuelas básicas de catequistas organizadas a nivel diocesano o por zonas pastorales, las escuelas de agentes de pastoral y los institutos de ciencias religiosas.

Siguiendo la evolución histórica de la oferta formativa, podría considerarse como tónica general en las diócesis la existencia de unas épocas de intensa formación, coincidiendo con la puesta en marcha de planes de formación o renovación de estructuras catequéticas diocesanas u otros factores, pero que en otros momentos esta formación se va volviendo más ocasional, esporádica y fragmentaria. Entonces los nuevos catequistas que se incorporan participan de esta formación marcada por la inercia más que empezar con un verdadero plan formativo. También puede suceder que en algunos casos la formación no esté proyectada por la Delegación o Secretariado Diocesano de Catequesis ni forme parte de un proyecto diocesano de formación de catequistas. Llega a través de parroquias, arciprestazgos u otras instancias, no precisamente con un criterio descentralizador, sino respondiendo a cierta independencia anárquica.

Un sector de catequistas se formarían en los institutos de ciencias religiosas o escuelas diocesanas de teología que en principio se nutren de muchos catequistas y demás laicos que trabajan en algún campo de la pastoral. En estos centros se ofrece una formación que alcanza un cierto nivel académico, pero a veces olvida la especificidad de la formación para la catequesis, sea en los contenidos o en la metodología.

En el otro extremo podemos encontrarnos con el hecho de que cualquier oferta formativa en la cual participan los catequistas sea considerada

como formación de catequistas, olvidando quizá que ésta debe proyectarse según una finalidad y unos objetivos específicos que vienen dados por el tipo de tarea pastoral que estos agentes llevarán a término, en este caso la catequesis.

¿Hasta dónde llega la formación de catequistas?

A nivel de personas la formación de catequistas no llega a todos. El motivo principal no está en la falta de estructuras o de medios de formación, aunque esto pueda influir en parte, sino en la propia voluntad del catequista, el valor que se da a la necesidad de formarse y a la responsabilidad con que asume esta tarea. Se podría decir que quien tiene obtiene todavía más, mientras que a quien no tiene, le basta de sobras lo poco que posee. Por lo tanto hay catequistas que encuentran ocasiones de formación y las aprovechan y catequistas que no se forman nunca, sea por falta de posibilidades o porque no lo ven como una necesidad.

Si nos preguntamos hasta dónde llega teniendo en cuenta la demanda de contenido debemos decir que, si bien es verdad que los catequistas toman conciencia de la necesidad de cuidar los ámbitos del «ser» y del «saber», a menudo se prefieren contenidos del ámbito del «saber hacer» pero entendidos como simples recetas aplicables al instante, de manera que la misma «capacidad de saber hacer» podría quedar desatendida.

¿Quién forma a los catequistas?

En las diócesis acostumbra a existir un equipo de formadores en los distintos centros formativos. En algunos casos se observa sin embargo la falta de personal cualificado para la formación, y cuando los formadores provienen de centros teológicos existe el riesgo de una falta de adecuación al tipo de formación que el catequista necesita.

Es importante que en la formación de catequistas el equipo formador se sienta también catequista y sintonice con los problemas de los catequistas.

Y además de una formación pensada en el sujeto, debe tener en cuenta tanto en los contenidos como en la metodología la función que el catequista está llamado a realizar. Un plan de formación de catequistas que arranca desde la diócesis debe tener en cuenta el proyecto diocesano, respondiendo a las necesidades reales de la diócesis y evitar la dispersión de planes formativos.

¿Qué déficit se observa en la dedicación de los sacerdotes a la catequesis y en su propia formación catequética?

En los pastores puede apreciarse un déficit en la dedicación a la catequesis y las acciones pastorales relacionadas directamente con el anuncio evangélico. La dedicación del obispo se ve en algunas ocasiones reducida a la vigilancia sobre los textos de la catequesis y los contenidos de la formación. Muchos párrocos ven cumplida su misión cuando finalmente han podido encontrar unos laicos que se encarguen de todo sin su intervención directa, creyendo erróneamente que así se les da un mayor protagonismo. El sacerdote descarga a menudo su responsabilidad en otras personas pero no siguiendo criterios de una distribución orgánica de las funciones.

Dar protagonismo al grupo de catequistas no excluye la presencia del sacerdote. Dicha presencia en la catequesis redundaría en beneficio de ésta. El progreso personal del catequista depende en gran parte del papel que el presbítero asume en relación con el grupo. Y precisamente los catequistas denuncian que una de las dificultades que encuentran en la catequesis está precisamente en la ausencia de una relación adecuada con el párroco a propósito de la catequesis.³⁰

Paralelamente existe el problema de su propia formación catequética. Toda la renovación catequética «no ha conseguido llegar sino de forma

³⁰ Cf. Miguel Á. Gil y otros, «Líneas de futuro y aplicaciones concretas en la pastoral diocesana y organización catequética», en *Actualidad catequética* 45 (2004) 201, pp. 113-126.

muy parcial al conjunto de nuestros presbíteros. Incluso en ocasiones, ha llegado de forma más plena a los catequistas que a sus sacerdotes, creando las consiguientes dificultades de diálogo y de comprensión mutuos. Se hace, por tanto, muy necesario acometer, en la medida de lo posible, la puesta al día de nuestros presbíteros».³¹

³¹ Antonio Alcedo, «La formación catequética en la formación permanente de los sacerdotes», ponencia presentada en las XXV Jornadas de Delegados Diocesanos de Catequesis y recogida en la publicación del Secretariado Nacional de Catequesis: *El sacerdote y la catequesis*, Edice, Madrid 1992.